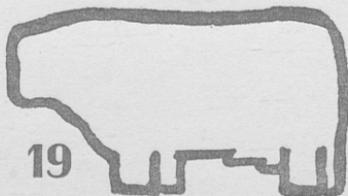


GALERIA INTIMA

JOSE M.^a FERNANDEZ NIETO

el toro de granito 19



GALERIA INTIMA

JOSE M.^a FERNANDEZ NIETO

© José M.^a Fernández Nieto
Colección «El Toro de Granito», n.º 19.—AVILA
Edita: José M.^a Fernández Nieto
Imprenta: Porfirio Martín Campillo
Ramón y Cajal, 10. - Avila
Agosto 1972
Depósito Legal: AV-195-1972

T.64141

C. 71797582

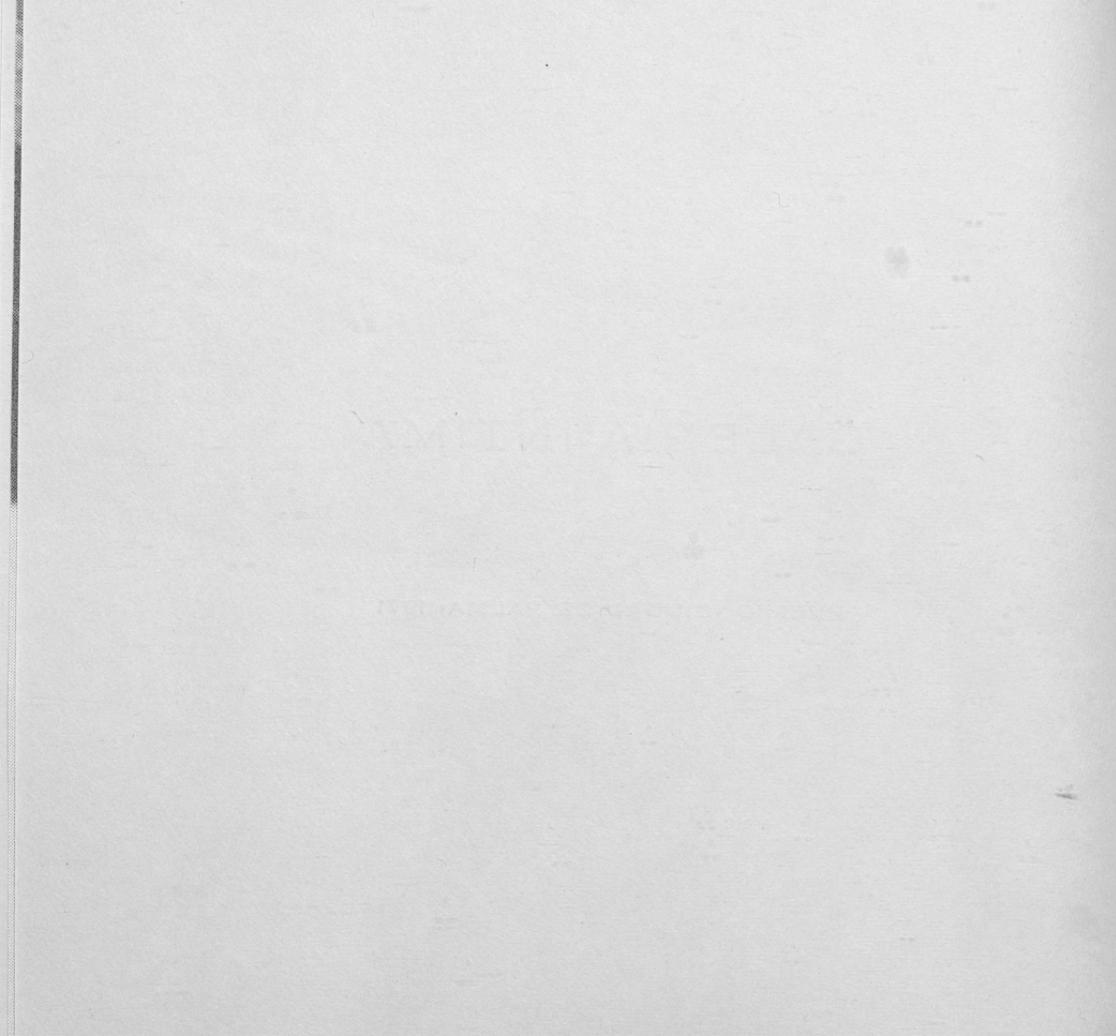
R. 166668





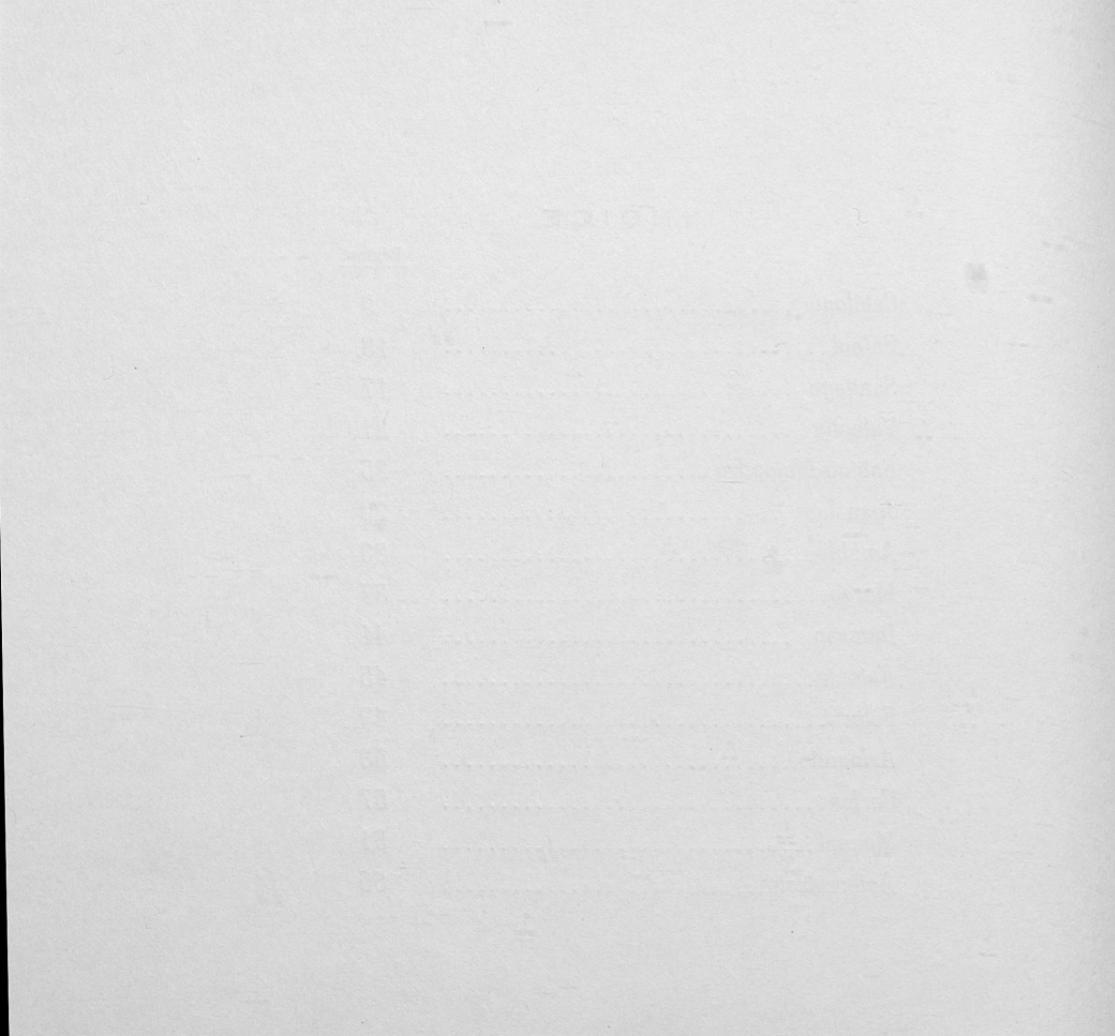
GALERIA INTIMA

PREMIO «CIUDAD DE PALMA» 1971



INDICE

	<u>Página</u>
<i>Catálogo</i>	9
<i>Rafael</i>	13
<i>Santiago</i>	17
<i>Valentin</i>	21
<i>Gabino-Alejandro</i>	25
<i>Juan José</i>	29
<i>Amable</i>	33
<i>Marce</i>	37
<i>Dámaso</i>	41
<i>Antonio</i>	45
<i>Félix</i>	49
<i>Armando</i>	53
<i>Carlos</i>	57
<i>Manuel</i>	61
<i>Autorretrato</i>	65



catálogo

Pueden pasar, señores...

Queda abierta

la exposición

Tan sólo una advertencia:

Se prohíbe la entrada a los contables,
a los que sacan punta a un adjetivo,
a los que no comprenden que un pronombre
puede torcer el rumbo de un crucero
o que un verbo, acechando en una frase,
puede causar la quiebra de los Bancos.

Que pasen los que saben que una idea
puede romper un mapa en mil pedazos,
que puede haber metáforas culpables
de que una bomba explote junto a un niño.

Que pasen los que saben que más pesa
un beso en una frente que un gobierno,
que valen más cien pájaros volando
que un jilguero dormido en una jaula,
que es más caro un dolor que un edificio,
que es preferible un sueño a un veraneo,
un poema de amor a un cheque en blanco.

Pero ustedes no pasen...

Imposible

que comprendan por qué mi amigo Armando
tiene su corazón a la intemperie,
por qué Antonio se esfuerza por ser bueno
y concursa a una estrella por las noches
o por qué Rafael quiere ser trigo
cansado de ser fórmula y recuento,
o por qué Fray Amable, en San Esteban
sueña con ser palabra, telegrama
de Dios, carta de amor y de consuelo.

Ustedes, por favor, quédense fuera,
sueñen en sus balances, si es el caso;

revisen ecuaciones, logaritmos,
vayanse al Bernabeu si hay entradas
o a bailar al compás del tres por cuatro
o a la cafetería, al bar de enfrente
antes de que se enfríen las barajas.

¿Qué les importa, es un decir, que a Félix
se le muera un violín en un armario?
¿Qué más les da que Juan José descienda
de una pena de amor, de un jueves triste?
¿Cómo les puede interesar, pregunto,
que Santiago se sienta insepultado
o que Carlos bendiga los racimos
o que Manuel se embriague de tristezas..?
Se prohíbe la entrada.

Expongo amigos,
expongo labios, lágrimas, heridas
y ustedes sólo entienden de sumandos
o a lo sumo de besos de escayola.

Dejen libre la puerta, se lo ruego,
a los que viven sofocando números,

a los que alumbran universos nuevos,
a los que saben traducir la niebla
y sembrar la tristeza de canciones,
a los que saben perorar a un álamo
que se seque en octubre, o a un caballo
que se desboque atropellando estrellas.
Ustedes no se acerquen a estos versos,
no toquen a estos hombres con sus saldos,
no insulten con sus cifras a estas lágrimas.

Aquí se dicen llamas y no hay dólares
bastantes en el mundo, por ejemplo,
para pagar el precio de una pena.

rafael

Hablo de Rafael como quien habla
de un libro deshojado por un ángel,
como quien se enamora de una brisa
rezada por los labios de las olas;
hablo de ti, de Rafael, del mismo
que quiere ser aún incendio en alguien,
soledad estrenada, lengua herida,
navío rumbo a un mar de confidencias.

Hablo de una amargura sepultada,
de un corazón de espaldas al recuerdo,
de una sed mutilada por la pena;
hablo de ti, del Rafael terrestre,
de una historia que sabe a aminoácidos
y a puñaladas hondas, a caricias
y a lirios desangrándose en octubre.

Olvida, Rafael, piensa que creces
como los pozos, hacia dentro, piensa
que cuanto te ha ocurrido es carne tuya,
aumento de tu sangre renovada,
ascensión de tu ser, simiente roja
de tus futuros trigos siderales.

Pregúntale al armario, a la madera,
a la lámpara azul qué piensan ellos,
pídele su opinión al traje usado,
a la pluma dormida, al específico
derrotado, quizá, por tus poemas.
Pregúntales por ti, diles que firmen
tu amargura de entonces, pon tu mano
en el hombro del tiempo...

¡Nada, nadie
te ha de volver hablar de lo ocurrido!

Por eso aprieta el paso, ponte verde,
date el cordón del alma que está suelto,
despacha las recetas de las horas,
arranca los precintos de tu sueño
y registra tu gozo en un cuaderno.

Pero primero limpia, desempolva,
perdona, Rafael, haz como el pétalo
que devuelve en aroma la inmundicia,
besa tus cicatrices y regala
algodones de amor a los heridos.

Pon a secar tus años, tiende al aire
tu camisa empapada de tristeza,
dobla tu corazón como un pañuelo,
pon tu reloj en hora de esperanzas,
No esperes a que Dios se te haga tarde.

santiago

No he visto nunca un árbol tan plantado,
un alma más de pie ni más de canto;
no he visto nunca un corazón más puesto
ni un ruiseñor que más sepa a bravío;
no he visto nunca un niño más adulto
ni una explosión más bella que Santiago.

Tan pronto te saluda bruscamente
con su verde pañuelo de ironías
como se pone serio y te recuerda
que han dado ya las doce en su esperanza.

Se sabe a Valdivielso y le recita
igual que si tocara una dulzaina;
dice a Juan del Encina tal y como
si estuviera jugando con un niño

o de pronto se saca de la manga
una tesis de estrellas inventadas.

Pero no escarbéis mucho porque tiene
un corazón metálico y bonito,
porque le suena el alma a romería
y le huele la angustia a pirotecnia.

El es así, tan suyo, tan Santiago
y tan Amon, a veces, que no sabe
cómo disimular su hambre de azúcar,
porque lo tiene todo calculado
para que se le sienta cuando pasa.

Santiago tiene fe, ganas de abismo,
aunque le vino corta la sotana
porque no es para cárceles Santiago
ni para estar cantando el «sursum corda»

El quiere hablar con Dios a su manera
y dar un puñetazo si hace falta
para que luego digan que no es bueno,
que él es un hombre que nació ya vivo.

A veces piruetea con la lógica,
guarda su corazón en naftalina
y ensaya en el columpio de la duda
su acrobacia de niño testarudo.

Por lo demás Santiago hubiera sido
un clavel educado por los pájaros,
un puñado de trigo en una frase
o simplemente un beso disfrazado.

Yo le quiero a Santiago, yo le admiro
por sus gallardos músculos cordiales,
porque sé que su augusta rebeldía
su originalidad de tigre oculto,
su sed de leñador insatisfecho
dan fe de su caricia sepultada.

Por eso digo que Santiago es bueno,
que sabe a pan reciente cuando enseña,
que sueña a sinfonía y a milagro
y que su corazón, si bien se mira,
cabe perfectamente en un pañuelo.

Porque Santiago es tan Santiago, digo,
que tiene miedo de llorar por alguien,
que abanica su sangre con insultos
para que nadie note que está triste,
que calcula sus gestos y su vida
para dar sensación de que no siente
y que cuando está solo, estoy seguro,
busca el niño perdido que le habita.

Así es Santiago, tan Amón que asusta,
tan Santiago que quema acariciando.

valentín

Como el olivo que se tuerce, oblándose
en suavísimo bálsamo, en nostalgias,
así tú, Valentín, alma antiquísima,
corazón bellamente equivocado,
te has ido yendo en besos ilegibles,
tropezando en las flores o incendiando
la sed atropellada de un amigo.

Yo no sé cómo cabe tanto cielo
en una encina herida por un rayo;
no sé cómo un bastón puede bastarse
para aguantar el armazón del mundo
o apuntalar un corazón en ruinas.

Y yo, a pesar de lo que grite el odio
o el ruiseñor de turno o el traspunte

de una tragedia escrita por la urgencia,
a pesar de que sabes por tu pluma
lo triste y complicada que es la tarde,
sé que tu soledad es suficiente
para recopilar —índice ardiendo—
la historia de un insecto fracasado
o el desengaño mineral de un toro.

Ya sabemos, amigo, que la pluma
apenas dice un gramo de tu peso,
que si un ángel por dentro te escribiera
versos sangrando flores nos diría;
pero te asesinaron los periódicos
en la esquina de la última noticia
como yo, tu ya sabes, estoy muerto
desde que huelo a cifras y a eucaliptus.

Valentín, tu ya sabes que eres otro,
que Valentín cantaba una zarzuela,
que hubo coral si Valentín había.
Pero los libros te reconstruyeron
y hoy tu complejidad de hombre sencillo

ya no sabe si vale más un álamo
que un arsenal de bombas filosóficas.

Porque este es el problema, que ya estamos
a treinta y uno de dolor, sin sueldo
de amor para empañarnos una lágrima,
tú en madurez, yo en fáfula, tu en oro,
yo en cobre iqué más da!, lo que interesa
es que termine el mes y que cobremos
si Dios quiere a primeros de eperanza.

Por lo demás, ya está, ya estamos todos
pensando que en el año ochenta y cinco
cederemos a un niño la palabra
y nos iremos él, tú y yo... iquién saber!
a preguntarle a Dios por estas cosas
que tanto nos desvelan, por el hambre,
por la hartura, por estos artefactos
que nunca estallarán, por la soberbia
o por los uniformes o las púrpuras
o quizá, es lo probable, por nosotros
que estamos a diciembre en primavera.

Mientras tanto aquí estoy, aquí te vivo,
cédula de mí mismo, pues me siento
trozo de los demás, pedazo de alguien,
artículo de ti, dietario tuyo...
Y porque tú me dueles a mi modo,
porque me estás sabiendo a gusto mío,
quiero decirte, Valentín, tu nombre
para que se harten en tu amor los pájaros.

gabino-alejandro

Desde el papel azul oliendo a iodo
hasta tu corazón televisado,
desde la paz de un siete de diciembre
hasta tu verbo actual motorizándose,
desde la vieja capa de Astudillo
hasta tu barba muerta por la lógica,
han ocurrido, amigo, muchos versos
y no sé si sabré reconocerte.

Ponte el impermeable de los números
porque voy a lloverte sinrazones;
abrigate, Gabino, que hace frío
para hablar de otros tlempos, para darte
noticias de tu entonces: «Ayer noche

ha muerto aquel romance que escribiste
sin dejar descendencia...»

¿Que ha sido de tu pólvora menuda,
qué de tu verso alisio, de tu gozo
por descubrir un chopo en tu tristeza
o arrancar una lágrima de un niño?

Pero dejemos esto, el entresuelo
de nuestras alegrías, la tertulia
de los viernes nocturnos, tantas cosas
que debieran llorarnos como a muertos.
Vamos a hablar del pan que ahora te ganas,
de tu pluma oxidada por la urgencia,
de tus versos pensando en una máquina
o en que mañana es jueves y no sabes
si lo que quieres es un automóvil
o un pasaporte para huir del tedio.

Porque es triste estar solo mientras cantan
su fe los colegiales, mientras nacen
millones y millones de hojas nuevas,

mientras se muere un pez de estar bebiendo
o agoniza la fe de los tranvías.

Anímate, Gabino, pon tu brújula
hacia el norte del pecho, vive hallándote,
buscando en tus adentros esa rosa
que no acabaste de entender, que sigue
oliendo a corazón rabiosamente.

Ya sé que juegas al amor, que ayunas
palabras por decir, que ya no tiembles
cuando te ves distinto ante el espejo,
que vas ganando sombras cada noche,
que vas creciendo en niebla cada día,
que eres, es un decir, ya tuyo sólo
que es como estar muriendo en exclusiva.

Dirás que yo, que tú, qué tantas cosas,
que aquello, como hay Dios, que no era tuyo,
que si vivir o que si amar, que el viento.

Sólo te digo una palabra: «Vuelve»,
Aún me me sobran algunas cosas tuyas,

tu quemadura, tu inquietud de entoces
limpia como un futuro que se piensa.

Y Dios que, desde entonces, no ha cambiado
y que sigue ordenando las estrellas.

juan josé

Cuando se canta como tú, qué importa
que el mar se vuelva niño o que los árboles
aprendan a morir, cuando se canta
como tú, Juan José, qué importa el tedio,
el olor a petróleo, el griterío
de los gallos salvajes, la nostalgia
fabril de las sirenas o el recuerdo
de la conflagración de las hormigas.

Qué importa, Juan José, dime, qué importa
que enferme de abandono un tiralíneas
o que nos planchen mal un pensamiento...
¡Cuando se canta como tú, qué importa!

Tienes el corazón descamisado,
desabrochada el alma y tu pañuelo

huele a Maruja sosegadamente.

Cantas a las muchachas que están tristes,
a los trenes que van hacia el misterio,
a los niños que juegan a ser hombres
y cantas con fervor de romería,
con espontánea risa de cascada,
con urgencia de fósforo estrenado,
con inocente gracia de bengala.

Y yo sé, Juan José, como tú sabes
que eres un descendiente de la pena
como yo, que no sé, si estoy cantando
porque me está doliendo la alegría
a porque ya no sé cuándo es domingo.

Somos los desterrados de la lógica,
los piratas azules de los números
o —¡qué se yol— lo que le sobra al mundo
para poder gastárselo en estrellas.

Nos duele todo, Juan José, las lágrimas
que vierte esa mujer porque no hay rosas,
el asombro del niño que no entiende

por qué, de pronto, lloran las campanas,
la duda del marido que no sabe
amar en singular o la protesta
del anciano que rompe el calendario
para burlar el tiempo de morir.
Nos duele —y tú lo sabes— que un buen día
no sepamos decir una metáfora.

¡Qué hacemos. Juan José!, ¿Te satisface
que nos callemos ya, que el aire vuelva
a ser aire tan solo, que se queden
las cosas sin sentirse pronunciadas?
¿Será mejor dejar todo en su sitio,
abandonar los trigos a su encanto,
desnudar las palabras de su música
y respirar el tiempo sin nombrarle?

A veces pienso, Juan José, que somos
un sumando de mayos dolorosos,
un acueducto inútil de suspiros,
un puente donde nunca pasa nadie
más que un rumor de coplas sin sonido.

Pero otras veces, Juan José, te juro
por el júbilo enorme de tus versos
que corazón no existe tan grandioso
que abarque la esperanza que ayunamos,
que más vale cantar solo una copla
que botar un crucero o que comprarse
un mar para uno solo o una jaula
para encerrar en ella el universo.

Por eso poco importa que haya fábricas,
ríos y playas de oro y avenidas
y luces y semáforos y plazas,
poco importa que griten los periódicos
que anuncien locutores cataclismos.

Juan José, amigo mío, el mundo entero
cuando se canta como tú ¡qué importa!

amable

Y si no que levanten catedrales
con su voz poderosa los filósofos,
que con su teología de claveles
construyan ecuaciones los que piensan
que Dios es un invento de otros siglos.

Me acaban de decir que estamos muertos,
que tú, sin ir más lejos, a cadáver
hueles en San Esteban, que yo mismo
sin ir más lejos, huelo a camposanto
cuando pensando en alguien me persigno.

Me acaban de anunciar que este camino
sólo conduce al mar, Amable, al viento;
que el amor es jugar a lo imposible,
que no hay nada detrás de las estrellas.

La culpa es mía, Amable, porque tengo demasiado bonito el pensamiento, porque me duele a muchos la chaqueta de tanto estar contándome por dentro, porque juego a ser bueno y siempre pierdo o quizá porque tengo las rodillas demasiado adaptadas a doblarse.

El hecho es que la culpa es de nosotros por probarnos a Cristo a la medida, por esperarar que un niño haga prodigios o que un pastor en nombre de María venga a solucionarnos el problema.

Todo esto te lo digo porque tienes, sin ir más lejos, hábitos blanquísimos, porque, sin ir más lejos, yo prefiero escribir a rezar y sé que sobran versos y no hay bastantes oraciones.

Todo esto te lo cuento porque sabes que tú, sin ir más lejos, no serías capaz de abandonar esta cosecha,

porque, sin ir más lejos, yo confundo
el pan con el amor, porque nosotros
acostumbramos nuestra sed al agua
o creemos que un verso es suficiente
para calmar el hambre y la injusticia.

Todo esto nos lo digo, nos lo pienso,
porque somos culpables de que llueva,
culpables de que un niño juegue a sangres,
de que naufrague el mundo en las películas,
de que se muera octubre tontamente,
de que, sin ir más lejos, y es bien triste,
se le acabe la cuerda a la esperanza.

Ay, Amable, qué mundo te han dejado
para curar espíritus cantando,
qué sábado más triste, qué nevada
de desamor, qué campo más difícil
para sembrar un grano de mostaza.

Recógete las mangas dominicas,
pon, Fray Amable, azúcar a tu sueño,
prepárate a saltar desde los púlpitos

hacia el suburbio de los ruiseñores,
evádate del claustro, reza en medio
de las cloacas del instinto, busca
a ese hombre que cruza por la noche
sin saber dónde va, si hacia la envidia,
hacia el odio, hacia el tedio o a comprarse
un sueño modestísimo y oscuro
a precios de retal en cualquier alma.

Pero sigue cantando, Amable amigo,
¡Que mañana es domingo cuando cantas...!

marce

Ya proyecto de luz, lirio esbozado,
forastero de ti, deudor de aromas,
naúfrago de pizarras y pupitres,
ya, Marce o Marzo, mar a simple vista,
oleaje de versos, vas llegando
en menuda marea de deseos
a explorar arrecifes amorosos.

Digo lo que te dije cuando eras
diminuta quejumbre, luna herida
oliendo a desazones estrenadas:
Vete despacio, alumbra con tu alcuza
tu corazón de miel y desencanto,
afirmate en tus pies de barro airado
y no tuerzas tu brújula de halcones.

Ya sabes, me refiero a que tus manos
acarician el trigo prometido
donde el amor se inicia rosamente.
Me refiero a tus ojos castigados
por la injuria de un mundo intraducible,
me refiero a tus labios que no saben
si besar o escupir tanta hermosura,
o tu linterna mágica que envuelve
las cosas con sus rayos funerales,
a tu tristeza lírica filmada
por la gozosa pena de tu sangre.

Marce o Marzo, no sé como llamarte,
mar, eso sí, pugnando por sí solo,
corazón sin edad, eco en desuso,
digo lo que te dije cuando entonces,
cuando viniste a mí apagadamente
y con pudor de brisa y de geranio
te desnudaste el pecho adolescente
oliendo a hierba oscura y necesaria.

Hoy, ¡qué más dal, mañana, acaso nunca

volverás a ser fuego de ti mismo,
terremoto de ti, de lo que sueñas,
mientras la tiza siembra equivocada
el cereal inútil de los números,
mientras bosteza el aire lejanías
y tu ayer se te va de vacaciones.

Una vez más te digo como entonces:
¡Que te aproveche el pan de la tristeza!

dámaso

Es inútil decirte que recuerdo
tus cigarrillos negros, tus periódicos,
tu risa de café premeditada
y ese sudor que siempre te envolvía
citando a Juan Ramón y Federico.

Yo te escuchaba absorto con mi asombro
de luciérnaga casta y te seguía
flotando sobre el mar de tu memoria
y ya en mi corazón se iba cociendo
la harina generosa del futuro.

Pero, Dámaso, dime... ¿quién exprime
el zumo del amor, quién ha extraído
el zumo venturoso a la palabra?
Porque yo, por ejemplo, digo verso

y no me suena a entonces, digo rosa
y me parece inútil, digo Dámaso
y no eres tú por más que lo repita.

Por eso no me sirve mi recuerdo
para reconocerte pues si digo
Dámaso, corazón, afán, Sotillo,
camisa azul, jardines o emisora
no sé si estoy hablando de nosotros
o de un tiempo feliz venido a menos.

Pero por fin te encuentro a mi manera
náufrago entre las olas de tus páginas,
examinando besos, odios, llantos
en tu laboratorio literario,
archivando argumentos y metáforas
en los viejos estantes del olvido.

Debes de estar cansado, amigo mío,
de almacenar los fardos de la pena,
de lacrar pensamientos y canciones,
de atar las tristes sacas de la angustia,

de estar clasificando como insectos
palabras y palabras y palabras...

Estarán ya tus manos amarillas
de hojear corazones inventados,
de anunciar que un poeta está en camino
o de que un soñador se ha equivocado,
de que merece el premio de la crítica
alguien que es millonario en adjetivos.

Ya era así hace tiempo, cuando un libro
sesteaba en tus manos su mensaje,
antes de que tus úlceras curaran,
antes de que los pinos te dolieran,
antes de que tus hijos te pensarán,
antes de que la luz te oliera a sombra.

Porque tú sabes, Dámaso, que somos
distintos cada día, como el aire
que huele en cada flor de una manera
pero que nunca deja de ser aire.

Y tú eres, sigues siendo, lo que fuiste,
alquimista de tropos y sintaxis,

descubridor de nauseas y de angustias
y arquitecto de verbos y adjetivos.

Quiero estrechar tu mano de pontífice,
tu torso de académico futuro,
tu corazón de nube y de diagnóstico,
yo que sentí tu dulce catapulta
lanzándome al espacio de los sueños.

Porque tú eres el máximo culpable
de que yo tenga manos de querube,
ojos que televisan la tristeza,
labios que retransmiten soledades.

Porque bien sabes, Dámaso, que fuiste
monitor de mi sangre florecida,
alférez de mis versos, legionario
de aquella desazón adolescente
que no podrá jamás cicatrizarse.

Antonio

La luz se llama Antonio cuando enciende
la luna del periódico a las doce;
la sed se llama Antonio por la tarde
al derrumbarse el agua del micrófono;
la paz se llama Antonio cuando Antonio
vuelve a su hogar, cansado, y se repite
siete veces Antonio en siete besos.
Y la pluma también se llama Antonio
cuando habla de Fray Juan o de Teresa
o cuando escribe de Alba, la de Tormes.

Si veis, tal vez, un corazón en «offset»
con sangre de diario y de emisora,
si veis, alguna vez, un tallo erguido
promulgando un capullo bondadoso,
si veis un paladín de la hermosura

intentando vencer con sus abrazos,
no lo dudéis jamás: Se llama Antonio.

Porque Antonio es así, como os lo digo,
un hombre bueno, múltiple y sencillo,
un hombre alegremente insatisfecho
capaz de perdonar a los relojes
el gran pecado de que pase el tiempo.

Que el tiempo es su enemigo, que es su vida
una mortal batalla con las horas
y él se venga, sin darse por vencido,
sustrayéndole versos y oraciones.

Pero lo más terrible es que no tiene
más que una pluma y tiene que limpiarla
de números, de anuncios, de reseñas,
de crónicas vividas e inventadas
para poder cargarla con la tinta
purísima de un verso necesario.

Por lo demás Antonio come, sueña,
recorta, escribe, reza, sufre, espera

y si concurra, a veces, a una estrella
es porque tiene ganas de ser ángel,
porque le roba al tiempo cuando puede
su ración necesaria de misterio..

Porque Antonio es un hombre dividido
en parcelas de amor y por las noches,
cuando piensa en sí mismo, le parece
que tiene que juntar muchos Antonios
para evitar que Dios no se confunda.

félix

Félix, amigo mío, ya podemos
hablar de antiguamente, de unos versos,
de tu violín tan niño, de una tarde
que no ha vuelto jamás a repetirse.

Tú jugabas a tramas y argumentos,
a lágrimas, a aplausos, a rondallas,
hasta que cirujanos invisibles
te cortaron las alas, te atajaron
la gangrena del sueño...

Se que es cierto
que tus dedos serían duendes mágicos
despertando el violín, rojos claveles
naciendo en el amor de una guitarra
y ahora teclean máquinas sin música

y redactan noticias y bostezan
sesiones permanentes o dietarios.

Hoy miro tu muñón cicatrizado
donde ya ni se posan las palomas,
hoy que caíste, Félix, como un héroe
bajo la metralleta de los sueldos
herido por el pan y por los hijos.

Ay, Félix, si pudiéramos fugarnos
del registro civil, de los estantes,
de las palabras muertas, de esta cárcel
cotidiana del pan, de estas cadenas
forjadas por el beso y la caricia.

Se nos nota en el vientre, no podemos
disimular el poso de delicia
que aún reside en nosotros, ni ese gesto
de honda resignación cuando comemos,
ni esa fuga interior que nos abrasa
cuando nace una rosa en la cuartilla.

Somos como hijos nuestros necesarios;

por eso nos tratamos con ternura,
con mimo de querubenes lastimados,
porque sabemos que esto es lo más triste,
renunciar a ser ríos siendo fuentes,
desterrar un violín en un armario,
un verso en un estante, una comedia
en el desván azul de los recuerdos.

Porque la vida es torpe, nunca sabe
elegir los zapatos que nos gustan,
tomarle la medida a nuestro sueño,
dejarnos un jardín, un poco de aire
para que no se oxide el sentimiento.

Por eso pienso en ti, porque recuerdo
tu sed honda de ríos musicales,
tu desazón de vidas inventadas,
tu árbol fructificando personajes.

Inventábamos hijos, tú lo sabes,
dramas, poemas, sueños, melodías,

íbamos educando nuestra pena
enriqueciendo al mundo de palabras.

Y hoy, ya lo ves, soñamos a escondidas
para que nos nos oigan nuestros hijos.

armando

En resumen, Armando, que ya es tarde
para los paredones, que ya hay niños
y no se puede asesinar el tiempo
ni repoblar el mundo de rencores.

Mira que en todas partes cuecen odios,
que volverán los tuyos, si es que vuelven
a derribar la patria que es de todos.

Que no es cuestión de rojos o de azules,
que es cuestión de tú y yo, de aquel que pasa
soñando que ya es lunes en su nómina
o que amanezca Dios es su cartera
para poder comprarse un automóvil.

Que lo cierto es, Armando, que vivimos
y viviremos siempre sobre el rojo,

sobre el León y el Nieto y el Fernández
a pesar de que el pámpano agonice
o de que el mar esté de enhorabuena.

La cuestión es amar, limpiar el polvo
del alma cada uno, ojos adentro
y ver a Dios tan claro como estaba
cuando jugaba a estrellas con nosotros.

Pero tienes razón, estás odiando
la piedra blanqueada del sepulcro
porque, Rojo y León, eres Armando,
un corazón que vive a la intemperie.

Olvida las señales, los semáforos,
esta policromía de los símbolos;
aquí no hay más que cruces y una patria
insuficiente para tantas quejas.
para tantos sedientos de automóviles.

Lo que importa es amar, en rojo, en verde,
en León, en Fernández, en octubre,
en besos o en disparos, ir sembrando
la tierra con canciones o pistolas,

y enterrar a los muertos todos juntos
para que nos enseñen a abrazarnos.

Vamos como uno solo a beber agua
a la fuente, al peñasco, a donde Cristo
nos enseñó a beber, antes del miedo,
antes del agua turbia, antes de España
roja o azul, tiznada de cadáveres,
sucia por el carbón de los rencores.

Así tú y yo, lo sé, nos hallaremos
rompiéndonos a besos la camisa,
tiñéndonos de España la corbata,
oliéndonos desnudos, puros, nuevos,
niños, o antes de niños, españoles.

Puedes decirme que el recuerdo quema,
que no en balde persisten los estigmas,
que no puede olvidársele a la hormiga
que en el nombre de Dios se la pisara,
que hay muchas bocas muertas entreabriéndose
que es preciso borrar las cicatrices,
que hay que vengar con sangre a los vencidos

Pero ya los fusiles son inútiles,
ya el paredón predica su fracaso,
ya los tanques resultan infantiles
para que el pan no falte en cada boca.

No hay otra solución que amarnos todos,
que tendernos la mano perdonándonos,
no hay más remedio que enterrar la historia,
olvidar nuestros nombres y apellidos,
convencernos, Armando, que aún es siempre
para sembrar a España entre sus muertos.

carlos

La historia ya es antigua, se remonta
a la joven edad de las bondades
cuando éramos harina de futuros,
azúcar de ansiedad, miel de esperanzas.

La historia arranca ya desde la entraña
de una amistad oliendo a pan reciente,
de un corazón azul llamado Carlos,
de una fuente de versos tan sencillos,
tan llanamente puros, tan de Carlos,
tan oliendo a tomillo, tan sonoros
de Carlos, tan de Carlos empapados
que ya no sé si son de un hombre al uso
o si caen de las nubes cuando llueve.

Porque yo ya no sé cómo decirte

que tú naciste oliendo a hierbabuena,
a mosto verde, a trigo desmigado,
a mañana infantil, a beso inédito.

Porque yo ya no sé cómo decirte
—sin escandalizar a los halcones—
que tejiste tu sueño de carámbanos,
de luz romanceada, de hemistiquios
de estrellas y de espumas cereales.

Tú, Carlos, que tan pronto sumas besos
como recitas números y anuncios,
que rimas naipes y que sueñas décimos
y que a tu hogar te vuelves melancólico
sin entender por qué mueren las flores.

Cómo explora tu amor Villagarcía,
cómo te simplificas cuando cantas,
cómo te duele el trigo cuando crece,
cómo se empapa en mosto tu pañuelo
cuando sudas recuerdos y emociones.

Dicen que eres un niño, que se pueden
beber de un sólo sorbo tus metáforas

que tus poemas son tan manantiales
que brotan como lágrimas inútiles.

Y yo digo que sí, que te has quedado
allí, donde los pájaros ignoran
la ruta de los buitres, donde el agua
desconoce la química del légamo,
donde las flores virginales huelen
antes de la hecatombe de los plásticos.

Sigue hasta que te mueras desvelado,
canta hasta que tu calva permanezca,
sigue versificando el aire niño,
romancea tus Vírgenes azules,
metrifica los pámpanos de España
que versos sobrarán para nombrarte.

manuel

Pienso en la calma del ciprés, Manolo,
pienso en ti y en tu Dios asesinado
y en —¿cómo te diría?— en una tarde
en que empecé a morirme ingenuamente.

Pienso en ti y me parece que te acabas
gozosamente azul, multiplicándote,
es decir, como un niño, mejor dicho,
como un alma con traje de domingo.

Pienso, Manolo, en ti cuando regresas
hacia tu corazón desheredado
y se te va inundando de pañuelos
que te dicen adiós aunque te quedas.

Apenas te conozco y ya sé mucho,
por ejemplo que estoy equivocado

que ya no sé si canto de puntillas
o que rezar por ti de nada sirve.

Es difícil, Manolo, comprenderte.
A veces me pareces un dinero
de amor, un superavit de alegría,
un vino de ternuras fermentado,
y otras veces, Manolo, te confundo
no sé por qué con el dolor de España
o con la primavera de un recluso.

Perdóname, no sé cómo se nombra
la luz cuando regresa de un recuerdo,
pero te pienso así, con la dulzura
de tu voz exiliada en lejanías,
aprendiéndote a tientas, rebuscándote
entre la sombra hermosa de tus libros.

Ya no sé qué pensar; si digo agosto
me parece que miento, si se mojan
mis manos en tu sangre me sorprendo
de que haya tantas flores en noviembre;

si pronuncio Manuel es lo bastante
para ponerme triste a lo divino,
porque sé que Manuel arde por dentro,
Manuel siembra caricias en el mármol,
enamora Manuel a las panteras,
canta Manuel quemándose los labios...

Y esto me basta para amar su estirpe,
para inundar su boca de rosales,
para estrechar su verso con el mío,
para llenar su vaso de palabras
aunque no le comprenda, aunque su cielo
esté roto en pedazos amarillos
y el mío esté llorando de ecuaciones,
aunque se le haya muerto una sonrisa
y yo rece por ella un padrenuestro,
aunque le huela a vino la existencia
y mi pluma transpire ruiseñores.

¡Alegría! ¡Alegría! Vamos juntos,
Manolo, a respirar la sed del orbe,
a repoblar de pinos las industrias,

a regar con canciones los comercios,
a derrochar sonrisas por las plazas,
a derramar hortensias en los Bancos...

Porque aunque yo, Manolo, no te entienda
sé que a los dos nos duele la alegría.

autorretrato

Soy un caimán con vocación de arcángel,
una rosa sobre un estercolero.
Soy, dentro de mi barro, prisionero,
una canción escrita por un ángel.

Me llaman, con razón, José María,
nombre de azúcar, de algodón en rama,
pero a mi corazón nadie le llama
porque no tiene nombre todavía.

Que los demás me saben por mi nombre
pero yo me conozco por mi sueño
y me siento tan niño, tan pequeño
que me asusta pensar que soy un hombre.

Soy tan humilde y tan soberbio que amo
y odio a la vez sentir que no soy nada.

Mi nombre es mi escayola, mi fachada,
pero por dentro solo yo me llamo.

No sé quién soy. De tanto repetirme
mi nombre sé que soy José María.
Si me llamara yo, me llamaría
muerte que es lo que soy si he de morirme.

A veces pienso que el amor me quiere
salvar amando y amo de tal modo
que siento tentaciones de ser todo
lo que se puede ser mientras se muere.

Esto soy yo, lo que no soy, la duda
de este ser y no ser que me atormenta.
Un darme cuenta y un no darme cuenta
de esta existencia ciega y sordomuda.

Por eso canto, porque necesito
escuchar esta voz, saber que es mía,
decir una vez más José María,
llamarme a solas, pero a voz en grito.

Porque ¿acaso soy ese que se afana,

que habla, que reza, que se da y se entrega?
¿Ese que afirma y que de pronto niega
como niega la noche a la mañana?

Amo, eso sí. Señal de que estoy vivo,
pero dudo si soy o si me invento.
Que amo y a veces siento que no siento
o siento que no soy. Por eso escribo.

Por eso canto cuanto más me quema
la sensación de que no soy. Por eso
quiero escribir, para dejar impreso,
copiado mi retrato en un poema.

La presente edición de GALERIA INTIMA consta de 500 ejemplares y se terminó de imprimir el día 23 de Setiembre de 1972, en la imprenta de Porfirio Martín, Ramón y Cajal núm 10. Avila.





Faint, illegible text centered on the page, possibly bleed-through from the reverse side.

Colección de Poesía: El Toro de Granito

Dirige: Jacinto Herrero Esteban

VOLUMENES PUBLICADOS

- N.º 1.—«Alrededor del Pan», José Luis López Narrillos.
- » 2.—«El Monte de la Loba», Jacinto Herrero Esteban,
- » 3.—«País de la lluvia», Juan Mollá.
- » 4.—«Salmos», Ernesto Cardenal.
- » 5.—«Río Cauca», Jesús Martín Barbero.
- » 6.—«Arte de amar», Premio Ciudad de Barcelona 1966.
Luis López Anglada.
- » 7.—«Hombre, laberinto, caracola», Carlos del Saz-
Orozco.
- » 8.—«Diálogo con España», José Ledesma Criado.
- » 9.—«Las bravías abejas», Gaspar Moisés Gómez.
- » 10.—«Las horas perdidas», Vicente Sánchez Pinto.
- » 11.—«Guadalest, amor», José Albi.

- N.º 12.—«Nuestro testamento», Mario Angel Marrodán.
» 13.—«La sombra y el árbol», Nueve poetas jóvenes de Avila.
» 14.—«Ciudad, afán y cántico», Juan Bautista Bertrán.
» 15.—«Con los ojos distantes», Luis Jiménez Martos.
» 16.—«Introducción a la Esperanza», Alfredo Gómez Gil.
» 17.—«Cancionero de la enamorada», Carmen Conde.
» 18.—«Cantos del Cifar», Pablo Antonio Cuadra.
» 19.—«Galería íntima», Premio Ciudad de Palma 1971, José M.ª Fernández Nieto.

PROXIMAMENTE

Marcelino García Velasco.

Hugo Lindo.

Volumen suelto 50 ptas.
Suscripción a cuatro números . 150 »

Correspondencia: Paseo de San Roque, 15 - 1.º C - Avila

JOSE MARIA FERNANDEZ NIETO es, en Palencia de Castilla, un infatigable creador y difusor de las tareas poéticas. Su revista ROCAMADOR llegó, hace años, al número, 45, y la colección de libros de poesía del mismo nombre ha alcanzado la cifra de 73 títulos. Sus conferencias y recitales en numerosas ciudades españolas se unen a más de 100 primeros premios por él conseguidos; el «Guizpúzcoa», «Ciudad de Huesca», «Casa de Cervantes» de Valladolid, el «Provincia de Alava», «República Dominicana», etc. Académico de la «Institución Tello Téllez de Meneses», ha publicado 22 poemarios, entre los que recordamos LA TRÉBEDE, con traducción francesa; BUZON DE ALCANCE, publicado en Puerto Rico, y VILLANCICOS PARA ZAMBOMBA Y TRANSISTOR, traducido al portugués.

GALERIA INTIMA, galardonada con el premio «Ciudad de Palma, 1971», es un libro terminado ya en 1960, de aquí el tono poético propio de aquellos años, las alusiones a la contienda española en la que, el 19 de julio de 1936, el autor —adolescente entonces— perdió a su padre, muerto de un disparo perdido en los primeros días de la revuelta. El hombre sereno y grave de Tierra de Campos deja entrever en estos poemas de larga andadura su pasión soterrada y su humanísima cordialidad hacia cada uno de los amigos a quienes retrata en estas páginas. Galería de retratos con honda y convencida palabra; amigos y compañeros que vamos descubriendo entrañados en la propia vividura del autor.

LNCOV